

¿Es cosa mía morir? Ahora estoy aquí en este río, sobre estos troncos. Después, ya no. Es como cuando caí por la cachuela: hasta en el mismo borde pude hacer algo; después quizá será posible lamentarse o estar alegre. Entre las dos cosas no puede haber nada que tenga que ver conmigo. Morir no es cosa mía. Lo último que yo tengo que hacer no es morir. Pero todavía hasta un momento antes, sin duda, hay algo que yo puedo hacer. ¿Qué, qué puedo hacer antes de morirme? Pero antes de morir es ahora mismo. No puedo moverme; no sirve quejarme. Puedo, por lo menos, estar tranquilo. Es posible que me suceda de nuevo mil veces más lo mismo que hasta ahora. Puedo engañarme, y caer, y aumentar el dolor y pasar junto a alguien que no quiera recogerme mil veces más... Hay una sola cosa en verdad mía: querer algo o resistirlo, ganar o aguantar... Ahora, yo deseo salir de aquí. Yo quiero vivir". A esta explicitación del anhelo de vivir nos ha traído el motivo segundo de la curiosidad por lo que hubiera más allá. Y con ella se ha cerrado absolutamente el trozo de destino humano que Guzmán eligió para su cuento. No sería posible agregarle nada, porque en el deseo de vivir purificado de la pasión de la venganza culmina la existencia del Capanga y con ella, el cuento. Se termina éste con la reiteración del motivo de la curiosidad: "¿Qué habrá más allá?" La respuesta no nos interesa porque la transformación interior de Pablo fué el eje del relato y lo externo a ella no le concierne. La lectura del cuento nos ha dejado un sabor de cosa nueva dentro de lo corriente en nuestra literatura. Acaso sea porque en él, y de una vez por todas, nos encontramos con una problemática que traspasa la periferia de nuestra existencia cotidiana para hincarse en lo que ella tiene de más profundo y esencial.—*Ricardo Benavides Lillo.*

"CAUTIVERIO". Antología Poética. *Arturo Torres Rioseco*. Ediciones "De Andrea". Colección "Studium", México.

Bajo el acertado y hermoso título de *Cautiverio*, ha publicado Arturo Torres Rioseco una antología de su producción poética com-

prendida entre los años 1940-55, vale decir tal vez, lo que abarca lo mejor de su obra, fruto del período de madurez intelectual y espiritual. Cautiverio es éste, de poesía y de amor en que el poeta canta en dieciocho sonetos de corte perfecto el deslumbramiento de un nuevo amor que entra en su vida, y en que evoca también en muchos otros poemas de otros metros y moldes, recuerdos de escritores ya muertos, de amigos que aún viven, y repasa episodios de su propia existencia. Lejos estamos ya de sus *Ausencias*, del *Mar sin Tiempo* y del *Canto a España*. Torres Rioseco casi no emplea en este período el romance de que tanto gustó en años anteriores. El soneto es ahora su vehículo habitual:

*Ando vestido de sayal oscuro
para no aparecer iluminado;
cuando voy floreciéndome a tu lado
busco el amparo acogedor del muro.
Voy con los ojos fijos en el duro
camino siempre fiel y siempre hollado;
voy por un río largo y sosegado
sin ansiedad de Dios ni de futuro.
Siempre a mi lado va tu intento puro,
de trascendentes sombras ilustrado,
de dormidas estrellas coronado.
Para la voz postrera estoy maduro,
como una dulce fruta que en el viento
siente el mandato del desprendimiento.*

Hay un eco de los grandes clásicos españoles en este verso reposado y transparente con que el poeta rinde su vasallaje de amor a los pies de la bienamada.

Similar es la voz —aunque en diverso plano— con que entona sus loas a González Martínez, a Gabriela Mistral (que prologa este tomo), a Alberto Rembao, a Mariano Azuela. Véase este soneto a Pedro Prado:

*Vida de placidez y simetría,
sentimiento e idea, musgo y roca,
alma desnuda en realidad que toca,
transmutación de afán en poesía.
Fué su propio arquitecto y su vigía,
el canto fué la esencia de su boca,
armonizó lo que combate y choca
en concepción de pura geometría.
Fué su vida ejemplar y cotidiana,
amago audaz de rosa y avellana;
viajero matinal y vespertino
iniciado en secretos milagrosos,
va siguiendo con pasos cavilosos
senda de luz que le trazara Alsino.*

Distinto es el acento de su *Saludo a Ernesto Montenegro*, en que despunta un humorismo de raíz vernacular y con sabor a campos chilenos. Véase este par de sextetos finamente romanceados:

*Les voy a contar aquí,
aunque parezca invención
cómo hice la trabazón
de amistad con Montenegro:
Oigan todos el enhebro
de mi humilde narración.*

*Estaba yo en Nueva York
descascarando el inglés,
y hacia fines de aquel mes
de septiembre del diez y ocho
me encontraba yo más mocho
que bolsillo de escocés.*

Sin embargo, a la vuelta de pocas páginas, el acento del poeta cambia totalmente y adquiere una tonalidad épica cuando canta por ejemplo a Guatemala o “al Quetzal”:

*Aquí estoy otra vez en tus brazos,
aquí estoy, voz pequeña en un silencio grande,
entre el cardo sagrado y la orquídea que sube,
cerca de tus volcanes con entrañas de fuego,
amparado en tu cielo que es un fuego invertido,
y en tu lluvia de espadas y de frescos helechos.
Te anhelaba en el mundo más frío de los mundos,
donde un reloj de acero nos indica los actos,
te anhelaba en el dulce martirio de la rosa,
y de la luna rota debajo de los arcos.*

O cuando apostrofa a Nueva York:

*La tierra te sirvió de nodriza y maestra,
de la espina salieron las puntas de tus torres,
de los colmenares los cubos cálidos de tus arañacielos;
con la ciencia elemental de la hormiga movilizas tus siete mi-
[llones
en las mañanas frescas de melón y en los crepúsculos de naranjas.
Si cantan tus tranvías hay avisos de cañaverales,
si ríen las negras hay perlas que tiritan en la carne fría de las
[ostras,
en el andar de tus mujeres hay rápidos enlaces de pulpos,
a tu sombra duermen los cementerios abrazados.*

Polifonía orquestal de grandes voces junto a tono menor de elegía y de égloga, soneto parnasiano y romance popular, de todo abunda en este volumen antologíaco con que la editorial “De Andrea” inicia una de sus colecciones. Con razón ha escrito Gabriela Mistral en el prefacio: “Los que recelamos de las viejas combinaciones métricas y

las tenemos por catalépticas sin resurrección posible, nos quedamos aquí dudando de nuestra convicción... El logro es completo y nos empuja, con las de Bernárdez el argentino o el Scarpa chileno, al borde de la rectificación. Las metáforas de orden clásico se aparecen sin choque con las modernas; los ritmos anchos de la lira de Garcilaso rebautizada como "la estrofa de fray Luis de León" en el siglo XVII, columpian sin adormecerlos, un amor y una desdicha del siglo XX, y el odre viejo no bosteza ranciedad, sino el vaho fuerte de las materias que se quedan intactas: sales o trementinas".—N. M.

"BONJOUR TRISTESSE", de *Françoise Sagan*. Ediciones Julliard, París

Unos versos del poeta existencialista Paul Eluard sirven de tema inspirador de esta obra, escrita por una adolescente.

La crítica ha señalado este hecho con suma insistencia. Sin embargo, su importancia es muy relativa, ya que la tristeza, como tema literario, es una de las vertientes por las que se desliza el alma joven. Ahora bien, lo difícil es darle prestancia estética, no apartarse de la corrección expresiva y alusiva. Y Françoise Sagan ha permanecido fiel a tales exigencias. He ahí su mérito.

Es interesante anotar el siguiente hecho. Paul Eluard ha sido un poeta cultor de los tonos grises, intemporales. Su obra *La Vie immédiate*, resume una postura desesperanzada ante el vivir. El tono elegíaco es frecuente. La severa admonición se expande entre el arabesco de sus estrofas. En los versos que han disparado la fibra emotiva de Sagan se dice que la tristeza se halla inscrita en las líneas de los techos, que es la pujanza del amor de los cuerpos amables, que los labios más pobres la denuncian, la señalan mediante una sonrisa. Y esto quiere decir, entre otras cosas, que la tristeza está como agazapada en los arcanos de nuestra sensibilidad. Un acontecimiento, un hecho anecdótico es suficiente para que la tristeza aflore, ordenando el ir y venir de nuestras ansias existenciales. Todo ello es una realidad, un signo evidente de nuestra propensión al filosofar trascendente. La evolución de las distintas formas de vida nos demuestra que el fer-